

VIGILIA DE ORACIÓN: VOCACIÓN LAICAL

La vocación no es algo extraordinario que solo algunos privilegiados pueden experimentar, sino que es una llamada para todos. Una llamada a vivir nuestra vida como un bien recibido que es don, entrega y regalo.

Por el bautismo que todos recibimos, toda vocación cristiana es una llamada a la amistad con el Dios de Jesús y a participar en el anuncio de su reino, poniendo todas nuestras capacidades al servicio de los demás, sea como laicos, como religiosos o como sacerdotes.

Todos estamos convocados a ser una comunidad de discípulos misioneros, en la que cada uno es llamado y enviado, salvado y responsabilizado del anuncio del Evangelio.

La vocación implica un largo viaje que supone tiempo para descubrirse a sí mismo e interpretar la llamada de Dios. Dios nos ama y nos llama. Jesús sigue llamando hoy, a hombres y mujeres, a colaborar en su misión. Es una llamada interior y profunda que mueve toda la existencia para responder a:

- ¿Quién soy?
- ¿Para quién soy?

Gracias al Espíritu Santo formamos un pueblo vocacional al que pertenecemos todos los creyentes: laicos, matrimonios, religiosos, pastores. Todos, cada uno según su propia vocación, hemos sido llamados por el Espíritu a la plenitud de la vida cristiana: la santidad.

La Iglesia es el lugar donde Dios llama y donde Él se muestra. Somos una familia vocacional, una asamblea de llamados.

Somos una familia vocacional gracias al Bautismo. El Bautismo es la fuente de la vida cristiana, la puerta de entrada a la vida en Cristo, la marca de vida en Jesús con la que se nos ha ungido. Por el bautismo todos tenemos igual dignidad: la de ser hijos de Dios en Jesucristo.

En esta familia vocacional que es la Iglesia, todos tenemos una misma vocación cristiana, pero al mismo tiempo todos tenemos una vocación particular que consiste en el modo propio de ser persona y de ser cristiano en la Iglesia y en el mundo.

En realidad, la vocación personal que cada uno de los cristianos recibimos, es una riqueza para todos. Ninguna vocación se comprende en sí misma, sino que hay que entenderla en armonía con las demás.

Es como una sinfonía vocacional donde cada vocación ocupa un lugar concreto en el hermoso canto de alabanza a Dios que entona la Iglesia:

Feliz seas Iglesia por tus laicos. El laico es un bautizado que, en virtud de su vocación, forma parte del Pueblo de Dios, unguento como sacerdote, profeta y rey para ofrecer su vida, anunciar la Buena Nueva del Reino y comprometerse para que el mundo sea un lugar de paz, justicia y fraternidad.

Feliz seas Iglesia por tus religiosos. Queremos dar gracias a Dios por los religiosos y religiosas, monjes de monasterios, vírgenes consagradas, institutos seculares y las nuevas formas de Vida Consagrada. Son un signo que prefigura los bienes del cielo, dando testimonio de la vida eterna, proclamando la transcendencia de Dios y la vida configurada con Cristo.

Feliz Iglesia por tus sacerdotes. Queremos dar gracias a Dios por la vocación sacerdotal. Queremos dar gracias a Dios por nuestros obispos, sacerdotes y diáconos. En la vocación sacerdotal está Jesús el Señor acompaña el caminar del Pueblo santo. En el corazón sacerdotal late el amor del Buen Pastor.